

Ocio, trabajo y juego

Aspectos de su valoración en algunos tratados del Siglo de Oro

Strosetzki, Christoph

First published in:

Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO),
S. 1547 – 1553, Univ. de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares 1998, ISBN 84-8138-265-5

Münstersches Informations- und Archivsystem multimedialer Inhalte (MIAMI)

URN: urn:nbn:de:hbz:6-42439455383

OCIO, TRABAJO Y JUEGO. ASPECTOS DE SU VALORACIÓN EN ALGUNOS TRATADOS DEL SIGLO DE ORO

Christoph Strosetzki
Universität Münster

El prototipo del ocio es el juego, que es criticado por Francisco de Luque Faxardo en su libro «Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos» (1603). En este diálogo se confrontan dos mundos: el de los jugadores, representado por Florino y el mundo de los sabios, representado por Laureano. En general, se diferencia entre juegos más o menos permitidos: «la diferencia consiste en suertes o en industria: los de suertes y fortuna, según su principal fin, que es recrear, son más lícitos que los de industria, pues en éstos puede haber notable ventaja, porque como aquí gana el hombre conforme a lo que sabe, forzosamente ha de ganar al menos diestro; lo cual es muy diferente en los de suertes si, como deben, quedan los jugadores sujetos a la fortuna»¹. Como «ejercicios nobles»², es decir como una forma digna de aprovechar el tiempo libre en el pasado, son considerados los juegos olímpicos por estimular la fuerza de los hombres jóvenes³, o el ajedrez de los romanos, por medio del cual se podían practicar las tácticas de guerra⁴. El fin de los juegos de cartas es ganar dinero y por ello, su motivación son la avaricia y la codicia. Se trata de ganar mucho dinero a costa de los jugadores y no de recrearse por medio del juego. Es por ello que el juego de cartas es considerado como

¹ Francisco de Luque Faxardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, REA, Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, Madrid, 1603, vol. I, ed. y prólogo de Martín de Riquer, 1955, p. 77.

² *Ibid.*, vol. II, pp. 78, 80, 82, 84-85, 87.

³ *Ibid.*, vol. I, p. 71.

⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 746.

expresión de una ociosidad, que lleva a la ruina de los jugadores y es comparable con una enfermedad. Según Luque Faxardo, aquellos que apoyan los juegos de cartas niegan a Dios y pecan mortalmente. Además los juramentos, votos y blasfemias que se oyen en las casas de juego son considerados como pecados mortales. El juego de cartas puede ser visto como un invento del diablo, ya que el mundo de las casas de juego se caracteriza por el engaño y la astucia. Por un lado, los jugadores intentan engañarse mutuamente y por el otro, los usureros y los asistentes de dichas casas persiguen el fin de enriquecerse por medio del engaño en el juego. Por ello, según Luque Faxardo, los pecadores en el juego han de tener como pena el infierno. En las casas de juego se derrochan inútilmente el tiempo y el talento, se arruinan las amistades y se pierde el dinero y el respeto. Por estos motivos éstas constituyen un peligro no sólo para el jugador, sino también para su familia y para todo el reino. Debido a ello Luque Faxardo advierte de forma insistente contra el mundo de las casas de juego, al que caracteriza como «república de juego» con todas las cualidades negativas y al que opone un estado que funciona sin juego y sin ociosidad.

El jesuita Juan de Mariana adopta la misma actitud crítica en contra de los jugadores en su «Tratado contra los juegos públicos». Mariana critica no solamente el carácter de entretenimiento del teatro y el hecho de que en días festivos se representen comedias no apropiadas para honrar a los santos, sino también las casas de juego públicas y las corridas de toros. Según su perspectiva, el juego daña las costumbres del país y representa un ataque a la religión. El teatro le parece ser una «oficina de deshonestidad»⁵ y debería ser desterrado al igual que todos los juegos y la prostitución. Surge la pregunta de en qué contexto y bajo qué perspectiva se critica el juego y la ociosidad a él ligada. Como la desaprobación de la ociosidad implica una alabanza del trabajo, se cuestiona el desarrollo de la valoración del trabajo, que en el Siglo de Oro se basaba en la teología de la Edad Media⁶.

La valoración del trabajo está íntimamente ligada a la actitud frente a la actividad del hombre. Michel Cavillac ha dedicado también especial atención al tratamiento de la pobreza y de la inactividad en los tratados, en un copioso estudio del año 1983 sobre mendigos y comerciantes en el *Guzmán de Alfarache*. Mientras que en la Edad Media los pobres vagabundos suponían el inofensivo, e incluso aceptado, contrapunto a las limosnas y a la generosidad de los ricos, tan necesario para el desarrollo de las virtudes, aparecen en el siglo XVI en España una serie de prohibiciones contra la mendicidad. La pobreza, al igual que la ociosidad, se convierte en una tacha social. Se comienza a diferenciar entre los verdaderos pobres y los falsos, aquellos que por pereza permanecen ociosos, y se toma como referencia principalmente una carta de Pablo a los Tesalónicos (II, 3-10), que exhorta a ganar el pan con el sudor de la frente. Si ha de haber una pobreza que mueva a la compasión, ésta ha de ser, según Alejo Venegas, la

⁵ Juan de Mariana, «Tratado contra los juegos públicos», en *Obras del Padre Juan de Mariana*, Madrid, Atlas, 1950, BAE, t. II, pp. 413-576, aquí p. 413.

⁶ Cf. Christoph Strosetzki, «Arbeit, MuBe und Gewinn. Zur Kasuistik des Spiels im spanischen Siglo de Oro», en *Sinn und Sinnverständnis. Festschrift für Ludwing Schrader zum 65. Geburtstag*, Karl Hölz, Siegfried Jüttner, Rainer Stillers, Christoph Strosetzki ed., E. Schmidt, Berlín, 1997, pp. 28-43.

del trabajador, o, según L. Riberol, la basada en la renuncia ante lo superfluo de los agustinos⁷. El que bajo este contexto también los nobles y ricos ociosos se conviertan en objeto de crítica se debía al especial hincapié que se ponía en la igualdad del hombre ante Dios, con lo cual se pretendía, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI, establecer una diferenciación social basada en el trabajo y en la virtud, no en el nacimiento. Por lo tanto puede interpretarse que el *Guzmán de Alfarache* toma partido a favor de la eficiencia burguesa y de la inteligencia comercial⁸.

La conexión entre la valoración del trabajo y la actitud frente a la actividad del hombre se manifiesta de una manera comparable, si se consideran los esfuerzos y las labores como castigo por el pecado original, que ha privado al hombre de su «dignitas primitiva», y si la «dignitas» del hombre se ve en la razón.

Las implicaciones de la «dignitas» y la «miseria hominis», basadas en la antigüedad clásica y en el cristianismo, saltan a la vista en el *Diálogo de la dignidad del hombre* (1546) de Pérez de Oliva y en la continuación que hizo Francisco Cervantes. Pérez de Oliva representa la «miseria hominis» con el personaje de Aurelio y la «dignitas» con el de Antonio. La controversia entre ambos personajes queda sin aclarar en la primera parte, hasta que en la continuación de Francisco Cervantes se decide a favor de la «dignitas». Aurelio piensa que los esfuerzos del trabajo humano causan la miseria y la fatiga, características, según él, del hombre.

Francisco Cervantes de Salazar, que en 1546 había editado, comentado y continuado el diálogo de Pérez de Oliva, relativiza ese escepticismo sirviéndose de una valoración positiva del trabajo, que obtiene al desarrollar los argumentos de Antonio. Una vida llena de trabajo es por consiguiente, según él, una condición previa al deseo de alcanzar la tranquilidad junto a Dios. Al mismo tiempo aparece el trabajo como una condición para la fama: «De ninguna cosa los hombres ganaron gloria, que no fuesse trabajosa»⁹.

La figura de Hércules es el paradigma mitológico para visualizar la elección entre el cómodo camino del ocio y el duro camino del trabajo. Puesto que él se decidió, como se sabe, a favor del trabajo y a través de ese trabajo penoso consiguió una gran fama, siempre se utiliza la figura de Hércules como símbolo a la hora de defender la valoración positiva del trabajo. Un temprano testimonio de ello, anterior a la época de la que nos ocupamos, son *Los doze trabajos de Hércules* (1417) de Enrique de Villena. Hércules se destaca por unir fuerza física y astucia militar con una gran sabiduría, es decir, por combinar «vita activa» y «vita passiva». También aparece Hércules en la

⁷ Michel Cavillac, «Gueux et marchands dans le *Guzmán de Alfarache* (1599-1604)», en *Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Bordeaux, Institut d'études ibériques et ibéro-américaines, 1983, pp. 210-211, 215, 218.

⁸ *Ibid.*, pp. 223, 227-245, 418-420.

⁹ F. Cervantes de Salazar, *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glossado i traducido. Diálogo de la dignidad del hombre por M. Oliva i por Cervantes. Apólogo de la ociosidad y el trabajo, intitulado Labricio portvndo por Lvis Mexía, glossado por F. Cervantes. Introduccion i camino para la sabiduria compuesta en latin, como va ahora, por Jvan Lvis Vives. Vuelta en castellano con mvchas adiciones por el mismo Cervantes*, p. 108.

narración alegórico-didáctica *Apólogo de la ociosidad i del trabajo* (1546) de Luis Mejía; en todo caso sólo lo hace como antepasado del protagonista Labricio¹⁰.

A continuación presentamos brevemente el contenido de la narración, puesto que la acción alegórica es especialmente apta para ejemplificar la discusión en torno a los pros y los contras del trabajo y el ocio y, sobre todo, porque la introducción a la obra de Francisco Cervantes ya propone una interpretación de las alegorías que aparecen en el texto: en Grecia vivía una vez una dama acomodada de alta alcurnia. Su nombre, Ocía, representa la ociosidad. Entre sus seguidores se encontraban Fraude, Hipocresía, Pereza e Ignorancia, y todos ellos apoyaban a su señora a la hora de evitar el trabajo. Ocía está caracterizada como alguien tan hábil en el trato con la gente y en la conversación que todos los ciudadanos y todos los habitantes, no sólo de las regiones vecinas, yacían a sus pies. Un oráculo le predijo que si se casaba podría tener siete hijas. Francisco Cervantes ve en ello una alusión a las siete artes liberales. En su búsqueda de un marido idóneo se topa con Labricio. Ya el hecho de que tenga ese nombre nos hace sospechar que es la personificación del trabajo¹¹. Labricio es presentado como noble de ilustre cuna, y sus antepasados más remotos habían sido Saturno y Júpiter, que una vez rigieron el mundo. Sus antepasados más cercanos pertenecían, sin embargo, a la casa de Hércules.

Labricio toma un primer contacto con su futura esposa. Se presenta haciéndole llevar unos regalos y explicándole el sentido de cada uno de ellos. Así, le regala un buey, puesto que sin su trabajo nadie podría mantenerse en su situación social. Le envía un asno, por la utilidad que tiene este animal en la casa, en la familia y en el estado, y porque éste muestra que nadie puede menospreciar a sus inferiores por muy alto que esté situado. A continuación le envía un gallo que debe servir de reloj y despertador para que se puedan distribuir mejor las tareas a lo largo del día. En lugar de agua perfumada le envía dos barriles de su propio sudor, y le aclara que la mujer tiene que regir la casa con el mismo empeño con el que el marido trabaja fuera de ella. Un regalo posterior, un libro en blanco, tiene que servir para hacer balance de cómo se vive la vida¹². Estos y otros regalos no podían dejar de surtir efecto: Ocía se escandalizó y el matrimonio no tuvo lugar.

Mejía muestra en la corte de Ocía a las damas de compañía Fraude e Hipocresía como imagen convincente de los vicios que acompañan al ocio. Fraude presume de estar en los ayuntamientos, en los juzgados, en las iglesias, en la corte, así como junto a los comerciantes y agricultores. Sin ella sería imposible para cualquier grupo social el hacer valer su propio trabajo y su esfuerzo. Hipocresía entra en escena con tres consejos que son los principios que deben guiar la propia vida, al igual que lo hacen los

¹⁰ Cf. también: Christoph Strosetzki, *Literatur als Beruf. Zum Selbstverständnis gelehrter und schriftstellerischer Existenz im spanischen Siglo de Oro*, Düsseldorf, Droste, 1987, pp. 14-38; en la versión castellana, *Literatura como profesión. En torno a la autoconcepción de la existencia erudita y literaria en el Siglo de Oro español*, Kassel, Reichenberger, 1997, pp. 9-18.

¹¹ Labricio «que es el trabajo: dando en esto a entender el autor, convenir mucho a los ociosos trabajar», F. Cervantes de Salazar, *loc. cit.*, p. XXI.

¹² Para lo que sigue cf., *ibid.*, pp. 16-43.

axiomas en las ciencias. En primer lugar, se deben orientar todas las acciones hacia el propio beneficio, lo cual hay que ocultar frente a los demás a través de la apariencia de la modestia y la humildad. En segundo lugar, aconseja excluir del círculo de amigos a las personas inteligentes y justas que de todas formas no aprecian la diversión. En tercer lugar, hay que colocar espías en todas partes para estar enterado de todo lo que ocurre. Mediante el saber así conseguido se podría impresionar a la mayoría ignorante. La narración de Mejía finaliza con un banquete y con la exhortación de Mercurio a todos los invitados para que persigan el trabajo virtuoso y eviten el ocio con todas las consecuencias dañinas y viciosas que le acompañan.

Juan de Pineda en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589) resalta su propia actividad literaria como un valioso trabajo¹³. Partiendo de citas bíblicas prueba que el hombre ha nacido para trabajar en lo que pueda, ya sea en la «vita activa» o en la «vita passiva». Por eso es moralmente condenable el hombre que se entrega a una vida ociosa. Pineda prueba, apoyándose en la Biblia, que el ocio no tiene un valor neutro sino que es moralmente malo¹⁴, ya que hay dos caminos en los que se puede actuar moralmente mal. El primero lo toman los que actúan mal, y el segundo los que no actúan ni bien ni mal. Por lo tanto, según Pineda, es falsa la opinión de que el ocioso que no hace nada bueno, ciertamente, no es bueno, pero tampoco malo, puesto que no hace nada malo. Cristo consideraba oponentes suyos no solamente a los que le combatían con su maldad, sino también a aquellos que no estaban a su favor y no obraban ni bien ni mal. Así, se recompensa a los que han trabajado en la viña y no a los que habían permanecido ociosos. Al igual que Crisóstomo, Pineda propone reflexionar sobre la idea de que tampoco las palabras ociosas tienen valor neutro, sino que son malas.

El grupo social que carga en primer lugar con la culpa de la ociosidad es la nobleza cortesana. Pineda la critica duramente y nos da una impresión de su cotidiana vida ociosa y, por definición, inmoral: los nobles se levantan hacia las diez y van en primer lugar a misa para cotillear. Pasan su tiempo con inútiles juegos de entretenimiento, comen y se entretienen al aire libre hasta la puesta del sol y cabalgan sin rumbo fijo por la ciudad. Finalmente, vuelven a casa alrededor de las diez para jugar hasta las doce, cenar hasta la una y media y caer en la cama con el sabor del vino en la boca.

Lo que más se acerca a la realidad concreta del estado español es la valoración del trabajo que hace Gaspar Gutiérrez de los Ríos. La esboza en el último capítulo de su *Noticia general para la estimación de las artes y la manera en que se conocen las liberales de las que son mecánicas y serviles* (1600)¹⁵. Declara que el capítulo es una «exortación a la honra, y favor de los que trabajan contra los ociosos, para las personas de todos estados». Gutiérrez se mueve en dos planos diferentes. Por una parte, describe la deplorable situación en la España de su época que para él tiene su origen en la

¹³ «No peñseis que platicar los trabajos virtuosos de los otros se puede hacer sin trabajo del que lo cuenta.» J. de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, ed. J. Meseguer Fernández, Madrid, 1963, t. 2, p. 85.

¹⁴ J. de Pineda, *loc. cit.*, t. 3, pp. 239-241.

¹⁵ L. Gaspar Gutiérrez de los Ríos, *Noticia general para la estimación de las artes y la manera en que se conocen las liberales de las que son mecánicas y serviles*, Madrid, 1600.

primacía del ocio y, por otra parte, postula que hay que superar esta situación mediante una vuelta a los valores del trabajo. Sigue la presentación de las nefastas circunstancias responsables de que en España sea el ocio y no el trabajo lo que tiene más prestigio. Le parece especialmente doloroso que aquellos que viven virtuosa y laboriosamente tengan un aspecto triste, pobre y abatido, si se les compara con los privilegiados y alegres contemporáneos que se enriquecen en su vida ociosa aprovechándose del sudor de los demás. Así se explica que los ociosos sean envidiables y se les quiera imitar. Los burgueses de baja procedencia podrían tener la impresión por influencia de aquellos, de que es importante llevar una vida ociosa para alcanzar el estatus de nobleza. Gutiérrez les da la razón cuando aseguran que en la España de la época se podía ganar prestigio con cualquier cosa excepto con el trabajo y la virtud.

Gutiérrez destaca especialmente algunas de las consecuencias políticas del tan propagado ocio, como la explotación de los trabajadores por los ociosos y el abandono de la agricultura. Aquellos ociosos que hacen a otros trabajar para ellos no se ven impedidos por ninguna consideración moral a la hora de privar a otros de los frutos de su trabajo. Incluso se ven apoyados en este punto por la ley y el estado. Esos «ladrones legítimos y legales» consiguen privar a los trabajadores de su bien ganado salario, a través de procesos y artificios legales: «Se hazen señores de las rentas y de las yglesias, de las rentas Reales, de los mayorazgos, y del trabajo de casi todos los particulares del Reyno»¹⁶. Ya que en España reina la ociosidad, se ha llegado incluso a que sean los extranjeros los que saquen mayor provecho del Nuevo Continente descubierto por España que los españoles mismos.

Gutiérrez se dirige ahora a cada uno de los estamentos sociales para convencerlos de que todos ellos sin excepción están obligados a trabajar. Sus exhortaciones a la nobleza, que van en primer lugar, se desarrollan de manera especialmente sugestiva. La nobleza se encuentra ahora ligada a las aportaciones y méritos sobresalientes de sus antepasados y es transmitida según esos méritos. Si esto se presupone, Gutiérrez se pregunta, ¿por qué no emulan los nobles a sus antepasados y por qué se puede mantener el estatus de nobleza si los nobles han pasado a hacer una vida ociosa? Esta pregunta encuentra una respuesta reveladora e incluso amenazadora en una imagen en la que se compara los linajes de los nobles con los árboles que eran apreciados debido a los buenos frutos que dieron en el pasado y de los que se espera que hagan lo mismo en el futuro. Pero si estos árboles no dan más frutos, o se secan por causa de los gusanos o de los bichos, entonces son arrancados y arrojados al fuego. La dureza de la comparación sólo nos demuestra la protesta de Gutiérrez frente a una clase social a la que se le otorgan privilegios de manera injusta: si la nobleza se gana mediante méritos extraordinarios, entonces pierde su justificación y debería ser retirada si éstos ya no existen.

Los autores de escritos ascéticos, para quienes lo importante es el esfuerzo por lograr o una visión mística de Dios o acercarse a Él, condenan el ocio igual que los autores más marcadamente humanistas. Puesto que el tiempo no se puede malgastar con el ocio, sino que debe ser empleado con sentido, el místico Fray Hernando de

¹⁶ *Ibid.*, p. 227; para lo que sigue cf. *ibid.*, pp. 278, 281, 286, 298.

Talavera escribe para la noble señora María Pacheco, condesa de Benavente, un tratado titulado *De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido* (aprox. 1500). Talavera documenta con la Biblia, refiriéndose al destino de Job, que el tiempo se puede utilizar para alcanzar bienes y propiedades y tantas otras cosas tan necesarias para la vida. Considera necesario utilizar correctamente el tiempo si se quiere fortalecer la propia virtud y alcanzar la fama. Cita a Séneca, el «católico filósofo», que dijo «que no hay mayor pérdida ni peor que la del tiempo»¹⁷. No sin razón ordenó el creador los astros de tal forma que pudiéramos en ellos reconocer el paso del tiempo. Según Talavera, muchos nobles desprecian esas ventajas que dan los astros y convierten el día en noche y la noche en día cuando emplean la noche en rencillas, ofensas e irreverencias, y se pasan el día durmiendo.

En resumen se puede decir, que la actitud negativa en cuanto al juego y a la ociosidad es comprensible en el contexto del dominio del trabajo. Mientras el trabajo se considera como el distintivo característico de «*dignitas hominis*» y es elevado simbólicamente a la figura mítica de Hércules y personificado en la figura de Labricio, la figura alegórica de Oca se presenta en compañía de las malas costumbres: fraude, hipocresía, pereza e ignorancia. Pero el trabajo y el ocio no son evaluados solamente en relación a actividades como las virtudes o los vicios. También desde el punto de vista del fin o del resultado, el trabajo se manifiesta como superior en comparación al ocio. Eso lo corroboran los tratados que por un lado se referían a la forma de vida infructuosa de los nobles y, por otro lado, a los logros culturales y sociales que se han adquirido por medio del trabajo, así como también al funcionamiento del conjunto del estado, donde cada uno de sus componentes trabaja. De esta manera corresponde la valoración de los «buenos ejercicios» de los ascetas a la valoración del trabajo en los tratados de los humanistas. Ambos testimonian un espíritu dominante de la época que da prioridad a la eficiencia, a la perseverancia para conseguir un objetivo y al esfuerzo en relación a la actividad que se considera esencial. Y aunque este espíritu no siempre se practica necesariamente en la realidad está presente sin embargo de forma consecuente en la argumentación teórica. Dicho espíritu está influenciado por la burguesía y se ha distanciado de las normas de comportamiento de los nobles.

¹⁷ Hernando de Talavera, «De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido», en *Escritores místicos españoles*, ed. Miguel Mir, Madrid (NBAE), 1911, t. 1, p. 95; para lo que sigue cf. *ibid.*, pp. 96-100.